



## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

**Wilibrordo Verkade**

(Continuación)

El jueves por la tarde, a la hora de ponerse el sol, estábamos Ballin y yo enfrente de la casa del coadjutor. Los dos nos hallábamos hondamente impresionados por la religiosa belleza que el atardecer esparcía sobre el paisaje. Era una de esas tardes de éxtasis en que la naturaleza, iluminada por un resplandor divino, parece sumida en éxtasis. Ni un solo ruido se oía; las hojas tan ligeras de los álamos callaban también. En la torre sonó la hora, y su sonido vibró largo tiempo en el reposo antes de morir. Las golondrinas cruzaban infatigablemente la atmósfera de oro dando chillidos agudos, y el vuelo de los murciélagos anunciaba la proximidad de la noche. En el aire se agitaba un número infinito de mosquitos formando una red fina y flotante. "¡Dios mío, qué tarde más hermosa!" dijo Ballin, y añadió de súbito: "Mira, por allí viene un jesuita!"—"¿Qué querrá?" dije yo. Pero ya estaba junto a nosotros. Era el predicador del infierno. No saludó amablemente y empezó a hablar. Ballin ponderó la magnificencia de aquel atardecer. "Bellísimo", dijo el jesuita mirando el paisaje. Después de haber cambiado algunas frases, le pregunté: "¿Sale Ud. a dar algún paseo?"—"Claro que sí", contestó el Padre. Yo agregué entonces: "¿Me daría su permiso para que le acompañase la próxima vez?"—"De muy buena gana," volvió a decir el jesuita; "es un placer para mí hablar de arte".—"Es que yo quisiera hablar también de otra cosa", repuse yo. El jesuita sonrió. Quedamos en que nuestro paseo sería el día siguiente después de comer; y sin más el jesuita se despidió de nosotros, porque tenía que rezar to-

avía el breviario, y al día siguiente la tarea empezaba temprano. A las cuatro debía estar en la iglesia. Esta hora tan temprana me asustó. A las tres media tenía que levantarse... ¡Eso es espantoso! Y sin embargo, ¡cuántas veces lo había de hacer yo más adelante!

¿Cómo es que el Padre jesuita se decidió a salir a nuestro encuentro? Lo he sabido después. Al llegar se había asustado de vernos en el pueblo, y había preguntado por nosotros al párroco. Cuando supo que éramos pintores se intranquilizó más todavía y dijo: "Señor párroco, tenga V. mucho cuidado. No hace mucho, dábamos una misión en X, y desgraciadamente también allí había dos pintores, que pusieron en desorden toda la parroquia." Parece ser que el señor cura le contestó: "En cuanto a estos jóvenes, todavía no puedo quejarme de ellos. El uno, aunque no es católico, va todos los domingos a misa, y entra por las tardes en la iglesia para rezar; el otro parece una persona bien educada".—"Si es así", dijo el jesuita, "tengo que hablarles".

En general, salí de aquel paseo muy satisfecho y con el corazón aliviado. Al fin había declarado mi situación. Alentado por el Padre fui por la tarde al sermón. Esta vez no era el P. Le Texier (así se llamaba mi nuevo amigo), sino otro jesuita el que tenía la plática. Habló de la oración, y de una manera tan bella, que pude decir a mi amigo Ballin: "Este sermón ha sido notable, muy profundo, y, sin embargo, al alcance del pueblo".

Dios puede hacer que encontremos el camino de la verdad únicamente por su gracia sin esfuerzo ninguno del hombre. Pero de ordinario no se puede subir a las alturas luminosas ni no es de la mano de un conductor, que debe ser un hombre animado de aquel celo de la verdad que ilumina y esclarece, y que no teme ser en ocasiones severo y apremiante, pues las crisis en las conversiones pueden prolongarse con mucha facilidad. También aquí se hace preciso machacar el hierro mientras está caliente; a menos de caer en el peligro de aquellos, que según dice el Apóstol, aprenden siempre, sin llegar nunca a la verdad (2 Tim. 3, 7). Tal era el guía que yo encontré en el P. Le Texier. Como director de almas experimentado, me alentó en aquello que hallaba en mí de bueno, esforzándose por dejar libre curso a la evolución natural que se había iniciado en la vida de mi espíritu. Quiso al principio que leyese algunos libros, pero habiendo notado la repugnancia que yo tenía entonces por la lectura, se limitó a exhortarme que rezase mucho, diciéndome con frecuencia: "Desde el instante en que V. rece, y rece con

## ACCION CATOLICA

gusto, la verdad se descorrerá más y más a sus ojos”.

Con mi inteligencia yo estaba cada vez más cerca de la verdad; pero me acobardaban, como ya lo he dicho, las obligaciones con que me iba a atar, y realmente aún no podía creer. Así se lo dije al P. Le Texier, una vez que le visité por casualidad en Vannes. El no se extrañó de ello, y me dijo tranquilamente: “Mientras V. no se bautice, no podrá creer como creemos nosotros, los católicos, pues la virtud sobrenatural de la fe es una gracia, que no se recibe sino en el bautismo. En cuanto V. se bautice le pasará probablemente lo que a un americano que estaba en una disposición de espíritu muy semejante a la de V. y a cuya conversión contribuyó no poco uno de mis hermanos de hábito. Antes de recibir el bautismo, todo se le volvían objeciones. Pero apenas bautizado, se sintió el hombre más feliz del mundo. Todas sus dificultades habían desaparecido, y fué sumamente fácil prepararle a la Sagrada Comunión”.

Estas palabras me llegaron al corazón; pues sentía un íntimo deseo de recibir el bautismo, esperando así entrar en una comunicación de gracia con Cristo y con los apóstoles, pues ese sacramento era para mí, lo que es realmente en cierto sentido: una iniciación en los misterios cristianos. Recordé lo que había leído en “Los grandes iniciados” de Schuré sobre los misterios helénicos, y una vez más la teosofía me sirvió de puente en mi camino a la verdad. Pero aunque suspiraba por el bautismo, no por eso deseaba hacerme católico, y menos todavía protestante. Mi ansiedad quedaba insatisfecha, y esto me irritaba, y con frecuencia maldecía aquella maldita inclinación hacia el catolicismo, que no me dejaba un instante de sosiego ni me permitía trabajar. Ballin había partido para establecerse en Auray, donde se encontró con Rasetti y su familia. En un principio me alegré de quedarme solo. Al fin, podía pintar tranquilamente y libre de las disputas sobre cuestiones religiosas, pero al poco tiempo, la soledad se me hizo insoportable. Llegó el mes de julio cuando el paisaje se vuelve monótono, los pájaros cesan de cantar, el polvo se mete por los ojos, y el calor hace imposible toda actividad. Una fuerte reacción contra las cosas religiosas se apoderó de mí. Me había vuelto inquieto, malhumorado, indolente y caprichoso. “¡Es preciso acabar con esas sutilezas!” grité un día, “¡hazte católico, o échalo todo a rodar!” Que es tu piedad, en suma, sino una fiebre, una especie de enfermedad, que pasará seguramente si te entregas a tu vida alegre de antaño? Se dice de ordinario que los pintores deben vivir bien, beber mucho y no asustarse de nada. Cierto; el P. Le Texier me ha fijado ya el día de su visita, y trae sin duda buenas intenciones, ¡pero aquí me voy a quedar yo, sólo por él!” Y sin avisarle, sin decirle siquiera dónde iba, tomé el tren de Quimperlé, y desde allí, me fui a pie hasta Pouldu, a pasar una semana en aquella posada de

María Poupée, donde se vivía de una manera tan alegre. “Así se me pasará el deseo de hacerme católico”, pensaba yo.

En efecto, los primeros días me pareció que ya no iba a oír las amorosas advertencias que Dios me enviaba por su gracia. El amigo Drahtmann, siempre contento de tener un discípulo paciente, dejó escapar los chorros de su elocuencia y derramó sobre mí las aguas caudalosas de sus aforismos filosóficos. Tenía la flaqueza de complacerse en sus paradojas. “Es necesario”, decía “ir hasta el cabo de todas las cosas; sólo entonces puede uno jactarse de ser verdadero artista”. Para él no existían las barreras burguesas de la moralidad que rigen para los demás hombres. Sólo una cosa le preocupaba: crear algo bello.

Mi amigo ponía con demasiado exclusivismo todo el valor de la acción en la intención que la movía. Olvidaba que el bien debe hacerse bien, tener un objeto digno. Para un novicio en materias morales, como era yo entonces, no era fácil distinguir la virtud verdadera de la apariencia de la virtud. Afortunadamente, el instinto hacía que yo escogiese una finalidad honesta a mis sentimientos, y de esta manera las afirmaciones absolutas de Drahtmann eran para mí una gran ayuda. Una parte considerable del bien que he hecho, la debo a su influencia.

Así pasaban alegremente los días con el cigarrillo o la pipa en la boca, con la botella al alcance de la mano y el estómago satisfecho, muellemente tendido cuanto era de largo, la mayor parte del tiempo. Algo grave nos amenazaba. La tentación vino a sorprendernos una tarde que hablábamos de cosas bastante subidas. Pero era tan grosera, que nuestro sentimiento estético se sublevó, y gracias a esto, nos salvamos. Al fin, me despedí de Drahtmann y de María Poupée para volver a Saint-Nolff.

En Saint-Nolff fui afablemente recibido. Contáronme que el P. Le Texier había venido el 27 de julio, y que había preguntado por mí. Yo me hice el tonto, como si nada supiese. Era domingo. Por la tarde fui un rato de paseo, y en cuanto me vi solo, empecé a sentir el peso de la vergüenza y el remordimiento. Sabía muy bien cuán limitado era el tiempo de que podía disponer el P. Le Texier, y por eso me dije: “Mientras se preocupaba de ti, tú estabas delante de la botella, atento sólo a tu placer. ... Pero, ¿acaso no era el mismo Dios el que iba detrás de ti, y tú huías de él?” Y poco a poco fui sintiendo nuevas ansias del bien supremo; era un fuerte anhelo de certidumbre, el deseo de tener un punto fijo en mi camino. En su última carta me había enseñado el P. Le Texier con mucha claridad lo que debe saber y creer un adulto que se prepara a recibir el bautismo. Me decía además, que fuese a verme con el párroco, cuando tuviese que luchar con dificultades, y que pronto arreglaríamos de una manera definitiva el asunto de mi

## ACCIÓN CATOLICA

bautismo. Yo no quise ir a casa del párroco. Abrí un libro que el Padre me había enviado. Era una exposición de la fe católica por Girodón; que tiene la ventaja de indicar claramente lo que es dogma de la Iglesia, y lo que es doctrina común de los teólogos, o punto controvertido. Grande fué mi extrañeza, cuando vi la libertad que dejaba la Iglesia, sobre todo en aquellas cuestiones que a mí me preocupaban. Entonces conocí también más de cerca algunos Padres de la Iglesia, especialmente a San Agustín. Al dejar el libro, no pude menos de decirme: "Después de todo no hay para mí doctrina más fácil de creer que la de la Iglesia católica. Cuanto hasta ahora he podido aprender o leer en materia de religión, exige una fe mucho mayor que la enseñanza incostablemente lógica del catolicismo. ¿Es por ventura más dificultoso creer en la Encarnación del Hijo de Dios que en la preexistencia de las almas, en sus encarnaciones y reencarnaciones, doctrina admitida por los budistas y los platonicos, y adoptada también por ti durante tanto tiempo?"

Pero mis vacilaciones no se terminaron con esta convicción. Cuando uno quiere hacerse católico, halla problemas más difíciles que solucionar que ese de la verdad de la doctrina católica. Hay algunas preguntas más que se presentan insistentes: "¿Qué dirá tu familia, qué dirán tus superiores y tus amigos de un paso semejante? . . . ¿Crees que no te van a desherrar?" Seguro estaba de que por parte de mis padres no tenía que temer semejante cosa. Mi conversión, estaba cierto de ello, les había de dar un profundo disgusto, si se realizaba sin conocimiento suyo. . . . ¿Cuántas conversiones se han estrellado contra el temor del que dirán! ¿Y cuántas ha ido disipando o debilitando ese miedo del aislamiento social de que está amenazado el recién convertido. Para mí no existía esa clase de temor (era desgraciadamente demasiado orgulloso para tener en cuenta los juicios ajenos), y mi optimismo juvenil no tardó en disipar esas nubes negras de la preocupación por el pan de cada día. Sólo me quedaba la pena del disgusto que se habían de llevar mis padres. Pero me consolaba pensando que el bautismo era únicamente un ensayo, que por el momento mis padres no necesitaban saber nada. . .

Escribí al P. Le Texier una carta excusando mi conducta y diciéndole entre otras cosas, que mi modo de obrar debía haberle recordado a la ovejilla empeñada en huir de los cuidados del buen Pastor. He aquí lo que él me contestó: "No. No es esa la impresión que su conducta me ha hecho, le comparo más bien a V. con una ovejilla que busca sinceramente los pastos de la verdad que ha de alimentarle. Cada vez se acerca V. más a ella. En cuanto se disipen algunas nubes, se hallará V. en plena luz." Después me desataba con claridad algunas dificultades que, animado por un espíritu de contradicción

y de mal humor más que por convicción, le había puesto en mi última carta como postrer argumento contra la religión católica, y terminaba: "Su bautismo podría celebrarse el día 25 ó 26 de agosto."

¿Estaba yo resuelto cuando recibía esta carta, o es que tenía aún necesidad de este último espolazo? El hecho es que sin combate ninguno dije con decisión: "¡Rayos y truenos! ¡Es preciso acabar con esta historia!" resolviéndome a ir a Vannes y decir al P. Le Texier, que estaba dispuesto a recibir el bautismo.

Focas horas después estaba yo en la celda vacía y poco agradable del P. Le Texier. Hallábame ya de pie junto a su mesa, cuando levantó los ojos y me dijo: "Bueno, ¿está V. animado?" — "La ceremonia será el día 26", le respondí yo, sin añadir otra cosa. El Padre saltó de la silla contentísimo. Era evidente, que no aguardaba esta respuesta. Me dió la enhorabuena, y me dijo que no me preocupase de nada, porque él daría los pasos necesarios; mi único cuidado era prepararme bien. El me ayudaría rezando insistentemente, y haciendo rezar por mí, a fin de que el bautismo me trajese la plena iluminación. Volví a Saint-Nolff, lleno de alegría y de felicidad. Un celo ardiente se apoderó de mí, y durante las tres semanas que siguieron a esta fecha, lei con avidez todos los libros que el P. Le Texier me había prestado.

Había llegado la hora de pensar en el padrino. Acudí con este intento a un joven molinero, llamado Juan Gachet, hombre amable y bien formado, alegre y piadoso. Fui a su casa una tarde. Me recibió cariñosamente.

Mi deseo era bautizarme, no en Saint-Nolff, sino en la capilla que los jesuitas tenían en su colegio de Vannes. Dos días antes había ido allí para prepararme más tranquilamente a la "Iluminación"—asi se llamaba antiguamente al bautismo. Los colegiales estaban de vacaciones, y la casa espaciosa parecía desierta. Me alojaron en la celda que tiempo atrás había pertenecido a un profesor, y cuyas paredes sucias y pobres, asi como el mal gusto del mueblaje, me desagradaron un tanto. En cambio encontré sumo placer en la hermosa capilla del colegio y en el gran jardín con honores de parque. En el parque sobre todo pasé horas inolvidables. Al fin era feliz, había tomado una resolución, y aguardaba en una esperanza alegre el instante misterioso del bautismo.

La mañana del gran día amaneció. Era un viernes, el 26 de agosto de 1892. . . . Quedéme en ayunas, porque después del bautismo tenía que recibir la sagrada Comunión. El señor párroco y mi padrino Juan Gachet llegaron a Vannes en el primer tren de la mañana, porque no era el P. Le Texier, sino el cura de Saint-Nolff, quien había de derramar sobre mí el agua santa. Como

## ACCION CATOLICA

el bautismo es la puerta de los demás sacramentos y no borra solamente el pecado original sino todos los pecados de la vida pasada, no tuve que confesarme previamente, lo cual facilitó mi entrada en la Iglesia católica.

De toda aquella larga ceremonia sólo recuerdo unos cuantos detalles. El sacerdote me hizo una cruz en la frente y otra en el pecho, y me puso sal en la boca. Varias veces recé el Padrenuestro de rodillas. Después el sacerdote me mojó los oídos con saliva al mismo tiempo que decía: "Epheta, esto es: abrios", y asimismo mis narices diciendo: "Para perfume suave...". Terminado el bautismo propiamente dicho, me cubrieron con un velo blanco, y me pusieron en la mano una vela ardiendo. Entonces unos cuantos curiosos entraron de repente en la capilla... Todo lo demás pasó como en sueño. Después del bautismo estaba yo como anonadado, pero era feliz: ya creía. Mis dudas y cavilaciones se habían desvanecido. Un ansia grande de la sagrada Comunión había brotado en mí súbitamente, y sentíame dichoso con el pensamiento de la primera Comunión, que iba a recibir inmediatamente.

El P. Le Texier se vistió los ornamentos sacerdotales, y se acercó al altar, profundamente conmovido y con mucha devoción rezó el salmo gradual: "Introibo... Entraré al altar de Dios:..., del Dios que llena de alegría mi juventud:...

"Oh Dios, Dios mio, yo te alabaré con la citara!" (Salmo 42.)

Durante la misa y después de la Comunión di gracias a Dios desde el fondo de mi alma. Parecíame como

si hubiese pasado por una grave enfermedad que hubiese iluminado y renovado mi espíritu. Me sentía saciado, y también mejor, lleno de bondad y de caridad. Pero tenía conciencia de mi nueva responsabilidad, y habiéndome escapado una palabra de complacencia en mi mismo poco después de la ceremonia, bastó una pequeña advertencia del Padre para recordarme que había dejado de ser un niño mimado en las vías de la fe.

Juan Gachet debía ser también padrino de mi confirmación, fijada para el día siguiente; pero como no pudo venir a tiempo, a causa de una equivocación, hubo que ir a buscarle al mercado, que tenía lugar precisamente aquel día. Habiéndole encontrado después de largo rato, fuimos apresuradamente a la iglesia, señalada para la ceremonia. Cuando llegamos, había ya pasado la hora. El Obispo estaba junto al banco de la Comunión pronunciando un discurso. Mis acompañantes se asustaron. "A Monseñor no le gusta mucho aguardar", dijo uno de ellos. El P. Le Texier, el párroco de Saint-Nolff, su coadjutor, mi padrino y yo nos arrodillamos llenos de confusión a la entrada de la iglesia, levantándonos cuando el obispo terminó de hablar; buenas ganas tenía yo, porque sentía un dolor terrible en las rodillas. Recibí la sagrada Confirmación al mismo tiempo que una docena de niños, verdaderos golfillos, que unas mujeres piadosas habían preparado para presentarse por primera vez a la santa mesa, y después ser confirmados por el obispo. Entre ellos había también unos cuantos hombres que tenían ya la frente curtida. Estos eran los compañeros que me convenían, porque, ¿qué era yo sino un pintor bohemio?



Pida siempre  
**Sábanas**  
*Ideal*  
SOCIEDAD  
SAN FCO. 2  
TEL.  
5633  
Las  
mejores